

Orfeo fue varón doctísimo en Retórica y Poesía (...) Decir que le dio la lira o guitarra Mercurio, denota la Ciencia que de orador Orfeo tuvo, en lo cual, así como la lira tiene diversidad de voces, así la arte oratoria tiene diversidad de habla o demostración, y esta diversidad se le atribuye a Mercurio porque era docto en medicina, y en aritmética, y astrología, y en varias ciencias de naturaleza (...) Mover Orfeo los montes con su música, es dar a entender la fuerza grande de la elocuencia...⁴⁹

Mover los montes es para Pérez de Moya arrancar a los hombres de lo que piensan gracias a la persuasión; mover los ríos es modificar, hacer firmes a los hombres variables, también por medio de la elocuencia; amansar las fieras con su lira es mitigar a los «soberbios de conversación» a través de la retórica.

La retórica del gallo tiene, como la lira de Orfeo, «diversidad de voces»: movió a Micilo y a los hombres y pretendió arrancarlos de sus pensamientos por la elocuencia; hizo a Micilo firme —por poco tiempo— para que encontrara la paz de la que carecen los «soberbios de conversación».

A su vez, la cabeza de Orfeo y la «dorada cerviz» del gallo corrieron suerte pareja:

Aconteció que las dueñas Tracianas (según su costumbre las fiestas de Baco celebrando) se juntaron, y a pedradas a Orfeo mataron, y la cabeza y la guitarra en el río Ebro echaron. Los dioses, con razón a este hecho movidos, la guitarra de Orfeo al cielo trasladaron. La cabeza por el río nadando hasta entrar en el mar, una serpiente que tragarla pretendió, en piedra, por pena de su desacato, se convirtió.⁵⁰

Orfeo, como el gallo, es otro rey bufo, esta vez en manos de las «insulanas de Lesbos». Otro sabio destronado, puesto que «la cabeza denota el ingenio y obras de Orfeo, porque en la cabeza están todos nuestros sentidos».⁵¹ La serpiente que quiso tragarlo (el Tiempo, según Pérez de Moya) no lo consiguió, y el catasterismo de la lira de Orfeo da testimonio perpetuo del poder de la elocuencia.⁵²

Frente a la perdurabilidad inherente al pensamiento de mitólogos y mitógrafos, las conversaciones entre Micilo y su gallo serían en lenguaje carnavalesco la consagración del poder de lo efímero, de lo falso. Con la muerte del ave tendría lugar la reestructuración ortodoxa de la sociedad. Una reestructuración que, desde la perspectiva de «Gnophoso» es irónica, puesto que a sus ojos los hombres viven en perpetuo carnaval, en transgresión constante de la norma. Es la misma ley que hace pasar a «Gnophoso» de la Cuaresma, el hambre de Micilo, la abstinencia o Catón el censor, al Carnaval, las comilonas de los ricos, la sensualidad de la bella Saxe o la bacanal de la misa nueva. La muerte del gallo restablece la «norma». Y eso es lo peor para el «Gnophoso» moralista, pues la «norma» social, la del vulgo, es su «anti-norma» y, al desaparecer el ave, queda el zapatero como único representante del saber recobrado que debiera gobernar el mundo.

⁴⁹ *Ibíd.*, pp. 184-85.

⁵⁰ *Ibíd.*, pp. 183-84.

⁵¹ *Ibíd.*, p. 186.

⁵² *También en el Grisel y Mirabella de Juan de Flores hay damas salvajes que, en un asesinato ritual como el de Orfeo por las bacantes, despedazan a Torrellas por haberlas denigrado. A. Deyermond («El hombre salvaje en la novela sentimental», *Fil*, X [1964], pp. 97-111), siguiendo a Bernheimer, relaciona el rito con la Wild Hunt de los países europeos, y su asamblea de fantasmas femeninos bajo el mando de una diosa, que tiene orígenes rituales y oscuros.*

El autor de *El Crotalón* demuestra, en último término, que la seriedad no es en él incompatible con la risa, que los principios más sagrados pueden someterse a parodia gracias al código de la verdad burlesca. El mismo «Gnophoso» había desarrollado en el canto II la idea de que «no ay hombre en el mundo que no se rya y pueda reyr, y sólo el hombre propiamente se rye». ⁵³

El Crotalón, visto desde este ángulo, resulta una síntesis poco común de conciencia de la realidad y de irracionalidad unidas. Un motivo más para valorar las múltiples significaciones de esta obra compleja, que aporta, todavía hoy, una lección sabia de relativismo.*

Ana Vian

⁵³ V. canto II, p. 49. La idea tiene una larguísima tradición literaria, como puede verse en las notas al texto de mi ed. cit., III, notas 11 y 12, pp. 48-51.

* Este trabajo se escribió en 1982. Cinco años después, hay varias cuestiones que modificaría, añadiría o suprimiría si tuviera la oportunidad de hacerlo. Pero, descartada la reescritura formal, no las ideas, me limito a introducir referencias bibliográficas que tienen que ver con el asunto que aquí se trata. Dos artículos recientes de Lía Schwartz Lerner plantean problemas teóricos de la sátira renacentista y barroca y, en nuestro caso, de la «resemantización» —es término de la autora— de fuentes satíricas griegas, Luciano principalmente, en este texto. V. «En torno a la enunciación en la sátira: los casos de *El Crotalón* y los Sueños de Quevedo», *Lexis*, IX, 2 (1985), pp. 209-227; «*El Crotalón* en la tradición satírica», en *Actas del VIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas (Madrid, Istmo, 1986)*, II pp. 573-580. La misma investigadora hace también referencia a aspectos parciales de la sátira de *El Crotalón* en «*El letrado en la sátira de Quevedo*», *HR*, 54 (1986), pp. 27-46, así como a los dilemas que un texto satírico plantea al crítico literario. Comparto en lo fundamental sus puntos de vista y sus sugerencias, y creo que los tres trabajos completan y en cierta medida apoyan a los tres primeros apartados de éste que ahora sale por fin impreso. Mucha de las discordancias que ve Jacqueline Savoye-Ferreras en *El Crotalón* (v. «En torno a la noción de libertad en el s. XVI: la aparente contradicción del *Crotalón*», en *Philologica Hispaniensa in honorem Manuel Alvar (Madrid, Gredos, 1987)*, III, pp. 541-552, pueden replantearse, en cambio, desde los condicionantes impuestos por la voz satírica, en la línea de lo que traté en «*Parejas y amores en El Crotalón*», en *Amours légitimes, amours illégitimes en Espagne (XVI^e-XVII^e siècles)*, dir. A. Redondo (París, Publications de la Sorbonne, 1985), pp. 307-326.

